

frio á su parecer y él se esforzaba en hacerle comprender el tono de espanto con que debía anunciar la llegada de Mahoma :

« ¡ Sí, sí, Mahoma llega! decid esto como diríais en la aldea : ¡ Cuidado, ahí está la vaca! »

El orientalismo de la pieza es bastante pálido, pues Voltaire pensaba menos en los musulmanes que en el clero católico, cuyo fanatismo y charlatanismo pretendía denunciar; pero se ocultó detrás de Mahoma y el mismo papa no lo echó de ver, pues aceptó la dedicatoria. La Harpe asegura que Voltaire estimaba especialmente en esta tragedia el designio oculto, y que sin embargo se descubrió, de hacer odioso al cristianismo. Su Mahoma es un personaje cínico y desvergonzado, su influencia casi magnética sobre Seide es muy marcada. La crítica se mostró severa y Collé le dirigió esta cuarteta :

Ce Mahomet que l'on fête  
Avec force écrit,  
C'est l'ouvrage d'une bête  
De beaucoup d'esprit<sup>1</sup>.

Voltaire decía que era una pieza para el miércoles de Ceniza. Después no volvió á pensar más en ella y terminó su *Mélope* (1743).

De Arabia pasó al Celeste Imperio (1745) con su tragedia en cinco actos *El Huérfano de la China*, en la que puso en escena sus « monigotes » como él decía, imitando el drama chino *El Huérfano de Chao*, con arreglo á la traducción de un misionero jesuíta. Definía á su personaje Gengis Khan « un tigre que al acariciar á su hembra le hunde las garras en los riñones ». Es una obra curiosa por la novedad del cuadro, por la pintura del amor maternal de Idamé y por las feroces ternuras del tirano. Pareció larga y lenta; cuando la representaron en las Delicias, Montesquieu se quedó dormido y Voltaire le tiró su gorro á la cabeza, diciendo : « Se figura que está en la audiencia ».

*Tancredo* (1760), tragedia inspirada en Ariosto, en la aventura de Ariodante y de Ginebra y en la novela de la Sra. de Fontaine, *La Condesa de Saboya*, presentó á la vista de las espectadoras enternecidas, á un amante que combatía por el honor de su querida á pesar de creerla culpable. La Sta. Clairon logró hacer correr muchas lágrimas y Raquel obtuvo más tarde un éxito parecido. La « mise en scène » fué muy romántica. Voltaire quedó satisfecho y lo dijo á su manera : « Satanás estaba en el teatro bajo la figura de Fréron; habiendo caído en la nariz del desgraciado una lágrima de una dama, le hizo hacer una mueca, como

1. Ese Mahoma que ensalzan  
Con escritos tan diversos  
Es obra de un animal  
Dotado de gran ingenio.

si se tratase de agua bendita. Después de *Charlot* ó *La Condesa de Givry*, pieza dramática, representada en 1767 en el teatro de Ferney, más tarde en los Italianos y que recuerda la *Partida de Caza* de Collé con Enrique IV como protagonista, *Don Pedro* (1774) puso en escena á Duguesclin, aliado con Enrique de Trastámara, el hermano de Don Pedro el Cruel, y al Príncipe Negro. Este drama histórico fué el último asunto que Voltaire tomó de la historia moderna parare rejuvenecer y animar la antigua tragedia mezclando la manera de Racine con algunas reminiscencias de Shakespeare á quien había leído, comentado y hasta traducido en una adaptación en versos libres del principio de *Julio César* con interesantes notas acerca de aquel teatro grosero, con sus defectos y sus méritos, especialmente el de reemplazar el relato con los hechos. Agréguese la traducción del *Heracles* español, ó la comedia famosa *En Esta Vida todo es verdad y todo es mentira*, de Calderón, para demostrar que « es una obra extravagante ».

Voltaire compuso cierto número de libretos de óperas : *Sansón* (1732), *Tanis y Gelida* ó *Los Reyes Pastores* (1733), *Pandora* (1740), *La Princesa de Navarra* (1745), comedia baile para Versalles en la época de su favor, como también el *Templo de la Gloria*, con música de Rameau, suntuosa lisonja dirigida á Luis XV, á quien el autor preguntó después de la representación : « ¿ Está Trajano contento? » sin obtener respuesta; el *Barón de Otranto*, ópera bufa, sacada del cuento *La Educación de un Príncipe*, por Grétry en sus comienzos, los *Dos Toneles*, ópera cómica, el *Huésped y la Huésped*, juguete (1776), compuesto para María Antonieta, y representado en Brunoy en casa del hermano del rey.

En el género cómico no se mostró superior. Se ha dicho en efecto que Voltaire sólo fué divertido al representar su propio papel; no supo comunicar gracia á los papeles de los demás. Sin embargo sus comedias no merecen el abandono de que son objeto y puede leerse sin fastidio *El Indiscreto* (1725), dedicada á la Sra. de Prie, estudio de carácter en el género de Regnard; *los Originales* ó *el Sr. de Caboverde* (1742), sátira divertida que aún podría representarse; *el Cambio*, para el teatro de Cirey (1734), con escenas de excelente gusto cómico y con un prólogo en que Voltaire aparece bajo su propio nombre; más tarde hizo un arreglo de ella; y por último el *Conde de Boursoufle* ó *la Sta. de la Cochonnière*, comedia bufa. Á éstas sucedieron el *Hijo Pródigo*, en 1736, del género entonces de moda en que alternaba lo alegre con lo sensible, y *el Envidioso*, en tres actos, del mismo género.

*La Mojigata* (1740), imitada de la comedia inglesa *Plain Dealer*

1. Lo extraordinario hubiera sido que Voltaire, tan aferrado á los principios de la escuela francesa, no encontrase extravagante la obra de Calderón, del mismo modo que Calderón hubiera encontrado insípidas y falsas las tragedias de Voltaire. Cada pueblo tiene su psicología especial. Así de lo que en Madrid ha hecho Echegaray un drama trágico : *Lo que no puede decirse*, han hecho en París un vaudeville. (N. del T.)

representada en Sceaux y á propósito para dar idea de los atrevimientos ingleses aun de los más disimulados;

*Teresa* (1743), escrita para Madama del Châtelet; sólo quedan fragmentos de esta obra:

*La Mujer que tiene razón* (1779), en tres actos, escrita para el teatro del rey Estanislao, duque de Lorena;

*Nanina*, ó la *Preocupación Vencida* (1749) que es la obra maestra de las comedias de Voltaire y cuyo asunto, tomado de la *Pamela* de Richardson, hizo derramar muchas lágrimas en favor de la desdichada heroína, maltratada primero y recompensada después á causa de sus tribulaciones;

*Sócrates* (1759), capricho satírico;

*La Escocesa*, venganza en cinco actos, dirigida contra Freron, que resulta muy maltratado en la obra; iba firmada con el seudónimo de Hume, sacerdote escocés. Freron asistió á ella y se le vió alternativamente palidecer y ponerse como la grana; su esposa se puso mala.

Terminemos esta revista, citando:

*El Derecho del Señor ó Escollo del Sabio* (1762) agradable juguete y conmovedora protesta;

*El Depositario*, en cinco actos (1769), que tiene por asunto una aventura de Ninon de Lenclos, depositaria fiel de una cajita que pertenecía al Sr. de Gourville, que confió con menos éxito otro depósito á un falso devoto sin delicadeza, según lo refirió el abate de Châteauneuf á su ahijado Voltaire; el *Tartufo* de Molière tenía mucha relación con este asunto. Esto debe inspirar la doble idea de la fecundidad dramática de Voltaire, que no escribió menos de sesenta piezas teatrales, y de su persistente afición á este género, pues cada año de su carrera, hasta el de su muerte, se vió señalado por la aparición de alguna obra nueva.

Sin embargo el arte dramático no ocupó sino breve espacio de su tiempo, repartido entre otros muchos trabajos. Así, después del teatro, tenemos tres volúmenes de poesía: la *Henriada*<sup>1</sup>, largo poema en diez cantos, desdeñado con mucha razón; pero que halló gran favor entre el público gracias á la popularidad del tipo de Enrique IV y á las máximas liberales sembradas en toda la obra. En un *Ensayo sobre la Poesía Epica*<sup>2</sup> compuesto á este propósito, reúne Voltaire interesantes fragmentos de los grandes poetas épicos, Homero, Virgilio, Lucano, Camoens, Tasso y Milton. El *Poema de Fontenoy* (1745) glorificó la célebre batalla de este nombre. Hay también unas sesenta odas y estan-

1. El nombre de *Henriada*, empleado desde el principio en nuestra literatura, es un verdadero galicismo. El Sr. Valera daba su preferencia á la forma castellana *Enriquecida*. Cadalso, en sus *Eruditos á la violeta*, le dió el título jocoso de *Enricada*. (N. del T.)  
2. En dicho *Ensayo* hace una crítica sobrado injusta de la *Araucana*, aunque elogia bastante el discurso de *Colocolo*, lo que hace suponer á Menéndez Pelayo, que es lo único que habla leído del poema. (N. del T.)

cias, que revelan notables cualidades de facilidad, ingenio y buen humor. El *Templo del Gusto* (1731) en el que alternan la prosa y el verso, acarrió á Voltaire tantos enemigos como fueron los escritores á quienes excluyó de sus páginas.

*La Doncella de Orleans* fué una desdichada equivocación, un malaventurado ensayo de poesía burlesca á costa de una heroína demasiado respetada para que no constituyese una indecencia y un acto de mal gusto el ponerla en ridículo.

La Harpe la definió con mucha exactitud: «Un monstruo, lo mismo en poesía épica que en moral».

Por el contrario reina un ingenio encantador, vivo y lleno de frescura, en los poemitas *El Pro y El Contra*, así como una filosofía elevada en los siete *Discursos sobre el Hombre*, en el *Poema sobre la Ley Natural* (1752), en el *Poema sobre el Desastre de Lisboa*, contra el optimismo, á propósito del temblor de tierra que destruyó en parte dicha ciudad (1755); en él se halla expuesto con hermosos y patéticos acentos el problema de la existencia del mal y de su funesta inutilidad.

Le vautour acharné sur sa timide proie  
De ses membres sanglants se repaît avec joie.  
Tout semble bien pour lui; mais bientôt à son tour  
Un aigle au bec tranchant dévore le vautour;  
Puis l'homme au plomb mortel atteint cette aigle altière,  
Et l'homme aux champs de Mars couché sur la poussière,  
Sanglant, percé de coups, sur un tas de mourants,  
Sert d'aliment affreux aux oiseaux dévorants.  
Ainsi du monde entier tous les membres gémissent,  
Nés pour tous les tourments, l'un par l'autre ils périssent;  
Et vous composerez dans ce chaos fatal  
Des malheurs de chaque être un bonheur général !<sup>1</sup>

Hay una traducción bastante débil del *Cantar de los Cantares* en que Voltaire se halla por decirlo así fuera de su habitual modo de ser y resulta muy inferior á sus cuentos en verso, que son lindas obras maestras, tales como *La Mula del Papa*, ó *Juan que llora y Juan que ríe*, *Lo que agrada á las damas*, *La Educación de un Príncipe*, *La Melin-*

1. Sobre su presa tímida el buitre encarnizado  
En sus sangrientos miembros se ceba con placer;  
Todo á su bien conspira, mas al fin el malvado,  
De un águila potente la presa llega á ser.  
Muere el águila altiva del hombre al golpe airado,  
Y éste en la lid sangrienta llega el polvo á morder.  
Y entre cien moribundos, sangriento, acribillado,  
De las aves de presa el pasto viene á ser.  
Así del mundo entero todos los miembros gimen;  
Para el dolor nacidos, hácese perecer  
Mutuamente, y ¿del caos de penas que le oprimen  
Universal contento queréis hacer nacer?

*drosa, los Hacendistas* (1765), pintoresco poema que hace juego con el *Turcaret* de Lesage. En este género satírico, mostrábase Voltaire sobresaliente y derramaba á manos llenas la sal de su malicia en multitud de notables y menudos poemas, como *El Mundano, El Pobre Diablo, Los Caballos y los Asnos, El Marsellés y el León, Diálogo entre Pegaso y el Viejo*, y en más de cien deliciosas *Epístolas*, entre las que la *Epístola á Horacio* es la última palabra de la gracia amable y regocijada y por último, innumerables poesías, improvisaciones, epigramas, estrofas, canciones, etc., en que su facilidad y su buen humor le hacían inimitable. Versificaba « como el que escribe de corrido », y no sólo en francés, sino también en latín, y hasta en inglés. Pero dejemos estas menudencias del genio y pasemos á otros seis volúmenes más importantes: en primer lugar el *Ensayo sobre las costumbres y el Espíritu de las Naciones*, hermoso monumento de la ciencia crítica de Voltaire, que renovó la historia. Reduciáse ésta al relato de combates y regias proezas, sin hablar más que de guerras, tratados y turbulencias civiles; en cuanto á la historia de las costumbres, artes, ciencias, leyes y administración pública, quedaba relegada al olvido. « Creeríase, dice Condorcet, al leer estas historias, que el género humano sólo ha sido creado para poner de relieve los talentos políticos ó militares de algunos individuos y que la sociedad tiene por objeto, no la felicidad de la especie entera, sino el placer de tener revoluciones que leer ó que contar. »

Bossuet había trazado la historia de la humanidad desde el punto de vista de la tradición religiosa y de los destinos del pueblo judío. Voltaire, tomando la historia en el punto en que la dejó su antecesor, renovó esta ciencia considerándola desde el punto de vista del desarrollo general de las ideas y de la sociedad, del progreso social, merced á la difusión del saber y á la independencia de la razón; mostró á la humanidad en marcha hacia la luz, y su relato fué claro, fácil y amable al mismo tiempo que seguro, documentado y autorizado; mezcló la filosofía con la historia y comunicó á todo su relato un espíritu de odio contra la injusticia y el despotismo, cualesquiera que sean y contra la arbitrariedad y las preocupaciones. Si desconoció la edad media, conviene observar que ésta sólo empezó á mostrarse en toda su verdad, á principios del siglo diez y nueve; pero el espíritu que inspiró esta grande obra, era generoso por su ingeniosa novedad y Grimm lo ha hecho observar con mucha justicia.

El bien inestimable que esta historia ha de producir seguramente, será pues principalmente hacer brotar en nuestros corazones, de generación en generación, los principios de justicia, de equidad, de compasión y de beneficencia; alejarnos de toda violencia, de ese furor de perseguir y de oprimir á nuestros semejantes porque tienen opiniones distintas de las nuestras, y

por último, de debilitar, y, si es posible, anonadar ese espíritu intolerante que durante tanto tiempo ha hecho estragos sobre la tierra y cuyos horribles excesos hubieran debido, al parecer, exterminar la raza humana. El libro del Sr. de Voltaire no impedirá seguramente que haya guerras, que los grandes cuerpos políticos choquen entre sí y que las naciones experimenten frecuentes revoluciones. Tal es la suerte de esta inmensa máquina, de esta vasta materia, siempre en fermentación que, para subsistir, tiene necesidad de verse agitada por perpetuas vicisitudes. Pero si le es lícito al género humano esperar algunos días de bonanza, tras siglos enteros de horrasca, ¿no podremos felicitarnos de ver al fin suceder á tantos horrores y crueldades una especie de indulgencia y de suavidad de costumbres de que tienen tanta necesidad seres tan débiles y tan imperfectos como nosotros?

Esta *Historia Universal* es el más formidable monumento que ha podido erigirse á honra de la humanidad y que ha podido sostener un espíritu sin caer abrumado por su peso.

Igual método histórico inspiró sus demás tratados:

Los *Anales del Imperio desde la época de Carlomagno*, historia de Alemania hasta la época de Carlos VI, escrita á grandes rasgos para la duquesa de Sajonia Gotha, con listas completas de los emperadores, papas y electores y con curiosos versos mnemotécnicos acerca de su cronología, y sobre todo el hermosísimo libro del *Siglo de Luis XIV*, estudiado sucesivamente desde los diversos puntos de vista de la guerra, de la administración, de las obras públicas, de la justicia, del comercio, de la hacienda, de las letras, de las ciencias y de las bellas artes, con anécdotas muy interesantes, y que lleva por marco el cuadro del estado general del Europa, precedido de nomenclaturas y listas de los hijos de Luis XIV, de los príncipes de la casa de Francia, de los papas y soberanos contemporáneos, de los escritores, de los artistas y de los músicos, revelan la exactitud de aquel vasto ingenio. Esta obra le ocupó durante largos años y le costó grandes investigaciones, así como también grandes molestias. Vivía en una época en que era difícil hacer imprimir en su país la historia del mismo. Escribía al mariscal de Richelieu: « ¿Cómo imprimir en París lo que se refiere á Madama de Montespan y á Madama de Maintenon y á su matrimonio? Sin embargo, ó hay que renunciar á la historia ó no suprimir ninguno de estos hechos. » Tales eran las cortapisas con que tropezaba el historiador. Voltaire logró vencerlas é hizo, después de numerosos y variados retoques, una obra magistral, verdadera en su conjunto, exacta en cuanto al tono y á los hechos, útil aun en nuestros días y siempre consultada, la cual realiza plenamente el concepto del autor, tal como se halla expuesto en su carta escrita al presidente Hesnault, en 1752.

1. El P. Isla, contemporáneo de Voltaire, según ya hemos dicho en otra ocasión, empleó este mismo sistema con sus célebres dísticos en la *Historia Universal* y en la de España.  
(N. del T.)

Me he propuesto trazar un gran cuadro de los acontecimientos que merecen ser conocidos y tener continuamente los ojos del lector fijos en los principales personajes. Hace falta una exposición, un nudo y un desenlace en toda historia, lo mismo que en toda tragedia; de no ser así, queda uno reducido á la condición de un Reboulet, de un Liniers ó de un La Hode. Por otra parte, hay en este vasto cuadro anécdotas interesantes. Aborrezco los hechos insignificantes; sobrados escritores se han encargado de hacer enormes compilaciones de los mismos. Me he esforzado por poner en un solo volumen pequeño mayor número de cosas grandes que las que hay en los veinte tomos de Lamberti. He procurado muy especialmente dar interés á una historia que todos los que la han escrito hasta el presente han logrado hacer fastidiosa. He aquí por qué he visto á príncipes que no leen jamás y que entienden medianamente nuestra lengua, leer este volumen con avidez y no acertar á dejarlo de la mano. Mi secreto consiste en obligar al lector á preguntarse á sí mismo: ¿Será rey Felipe V? ¿Le arrojarán de España? ¿Quedará Holanda destruida? ¿Sucumbirá Luis XIV? En una palabra, he querido hacer conmovedora la historia. Dad á Duolos todo el ingenio que queráis, pero guardaos muy bien de sospechar que yo abuso de él. Acaso pueda hacérseme con más justicia el reproche de ser un filósofo libre; pero no creo que se me haya escapado ni un solo rasgo contra la religión. Los furiosos calvinistas, las disputas del jansenismo y las ilusiones místicas del quietismo no constituyen la religión. He creído prestar un servicio al espíritu humano haciendo execrable el fanatismo y poniendo en ridículo las disputas teológicas; es más, he creído servir con ello al rey y á la patria. Podrán quejarse algunos jansenistas, pero las personas prudentes deben aprobarme. La lista razonada de escritores, etc., que os dignáis aprobar, sería más amplia y detallada si yo hubiese podido trabajar en París; me hubiera extendido sobre todas las artes, pues tal era mi principal objeto. Debo declararos que he escrito de memoria una gran parte del segundo volumen. Pero no creo que hubiera podido decir más acerca del gobierno interior. Precisamente creo que en éste aparece Luis XIV más grande y que doy á la nación una superioridad que se ven obligados á reconocer los extranjeros.

Al *Siglo de Luis XIV* sigue el *Compendio del Siglo de Luis XV*, que tuvo como punto de partida los informes redactados por Voltaire cuando fué nombrado, en 1746, historiógrafo de Francia. Con este motivo recibió de Pondichéry una carta en la que se decía:

Los bramas, los malabares y los moros, muchos de los cuales son instruidos y conocen la lengua francesa, leen vuestras obras con el más vivo placer. Echan de ver y comprenden, tan bien como nosotros, que vuestros divinos escritos son manantiales inagotables de virtud civil y moral, no menos que de sabiduría. He consultado á estos indios acerca del *Chasta*, del *Veidam* y el *Ezur Veidam*, y me han dicho que todo lo que habéis escrito acerca de estos monumentos antiguos y acerca de la India se hallaba de acuerdo con la más exacta verdad; pero que habíais sido inducido en error por las personas que os habían comunicado notas y memorias acerca de ciertos hechos del *compendio del Siglo de Luis XV*.

Esto era la mejor justificación de su trabajo, que se halla excelentemente documentado, que está lleno de vida, animación, interés y variedad, que enseña muchas cosas, que remueve muchas ideas, que hace reflexionar, que abunda en erudición amable, que vulgariza sin fastidio y que, en suma, es un homenaje en pro de Francia para glorificarla y hacerla admirar y querer.

Tuvo en cuenta las rectificaciones que se le indicaron. Sin embargo, este compendio es menos estimado que la obra anterior. Las páginas consagradas á Lally-Tollendal son magníficas y generosas; los capítulos acerca de la injusticia de las leyes, de los asuntos de Alemania y de Inglaterra y de los progresos del espíritu humano bajo Luis XV, son dignos de leerse.

Pero ocupaba sus ocios un libro más importante, es decir su grande *Historia del Parlamento de París* escrita con libertad peligrosa, que le obligó á repudiar su obra durante largos años y que por otra parte determinó el golpe de Estado de Maupeou. Esta obra es exacta, picante y severa para el Parlamento que estuvo á punto de perseguir á su detractor. Toma la narración *ab ovo* antes de Felipe el Hermoso. El proceso de los Templarios, el Parlamento bajo Luis XII y Francisco I, el proceso de Ana Dubourg, el capítulo del canciller de l'Hôpital, el Edicto de Nantes, la Fronda, el atentado de Damiens y las sentencias contra La Barre y Lally son páginas dignas de leerse. Hay otro libro de historia encantador y divertido como una novela amable; tal es la *Historia de Carlos XII*, rey de Suecia, que siguió á la *Historia de Rusia bajo Pedro el Grande*. Escribió *Carlos XII* al mismo tiempo que la *Henriada* y *Eriño* y le dió abundantes documentos el caballero de Alleurs, que había conocido y servido á dicho rey. Su relato está lleno de exactitud y escrito en estilo muy agradable. En el prefacio decía:

« Si algún príncipe ó ministro encuentran en esta obra verdades desagradables no olviden que, siendo hombres públicos, deben dar pública cuenta de sus acciones; que sólo de esta suerte adquieren su grandeza; que la historia es un testigo y no un adulador; y que el único medio de obligar á los hombres á que hablen bien de nosotros es obrar bien. »

En prefacios muy interesantes se hallan resumidas las teorías del autor acerca del modo de escribir la historia que, según él, debe ser viva y conmovedora. Hay que confesar que predicó con el ejemplo.

Su *Carlos XII* es un retrato de gran parecido, un estudio neto y agradable; las figuras secundarias de Estanislao Leczinski, de Mazepa y del Kan de los Tártaros, de Catalina y de Pedro el Grande son croquis que animan las escenas diplomáticas ó guerreras. El relato de la educación de Carlos XII se ha hecho célebre y se aprende de memoria en los colegios.

Tales son las obras históricas de Voltaire. Son considerables y han conservado su interés y valor, como si hubiese sido la historia la principal preocupación y la peculiar especialidad de aquel genio múltiple, del que tenemos aún que examinar otros *avatares*, para cada uno de los cuales parecía especialmente predestinado.

Cierta noche, en Postdam, Federico II se entretuvo en exponer la idea de un diccionario filosófico. Voltaire se apasionó por aquel proyecto y lo puso en ejecución. Agregáronse á él sus artículos de la *Enciclopedia* y del *Diccionario* de la Academia y de esta suerte se aumentó el volumen del *Diccionario filosófico*<sup>1</sup> de Voltaire tal como hoy se conoce. Es una obra agradable bajo un título severo y en ella sigue mostrándose Voltaire lleno de variedad, enamorado de todo y hablando de todo con ligereza, facilidad é ingenio, sin pesadez ni prosopopeya dogmática. Trata de todo, de literatura, teología, historia, gramática, física, arqueología y política, con el mayor desembarazo y logra interesarnos y divertirnos. Véase como se explica acerca de la cuestión de lenguaje primitivo:

¿Qué diríais de un hombre que quisiese investigar el grito primitivo de todos los animales y cómo ha ocurrido que en multitud de siglos los carneros se hayan puesto á balar, los gatos á maullar, las palomas á arrullar y los estorninos á silbar? Todos se entienden perfectamente en su respectivo idioma y mucho mejor que nosotros. El gato no deja de acudir á los maullidos muy articulados y muy variados de la gata. Es una cosa maravillosa ver, en el Mirebalais á una yegua aguzar las orejas, piafar y agitarse al oír los inteligibles rebuznos de un asno. Cada especie tiene su lengua. La de los esquimales y de los algonquines no fué seguramente la de los peruanos. No ha habido lengua primitiva ni alfabeto primitivo así como no ha habido encinas primitivas ni hierba primitiva. Varios rabinos pretenden que la lengua madre era la samaritana, otros han asegurado que era el bajo bretón; en esta incertidumbre puede uno muy bien no admitir ninguna lengua madre, sin ofender por eso á los habitantes de Quimper ó de Samaria. ¿No es posible suponer, sin ofender á nadie, que el alfabeto empezó con gritos y exclamaciones? Los niños dicen espontáneamente: ah, eh, cuando ven algo que les llama la atención; ji, ji, cuando lloran; u, u, cuando se burlan; ay, cuando les pegan; y es preciso no pegarles. Á semejanza de los dos muchachitos que hizo criar el rey de Egipto Sarmético (que no es una palabra egipcia) para saber cuál era la lengua primitiva, no es de creer que ambos se pusiesen á gritar: *boca, boca*, para pedir de almorzar.

Deísta y positivista, muy alejado de vaguedades y ensueños, trata en dicha obra cuestiones de toda clase, aunque con gran apasionamiento cuando se trata de la Iglesia. Tiene páginas excelentes llenas de buen

1. Nuestro célebre bibliófilo, el atrabiliario y erudito Gallardo, publicó, durante las Cortes de Cádiz, una traducción ó arreglo de este Diccionario que tanto excitó la vena satírica de P. Alvarado en sus *Cartas de un Filósofo rancio*. (N. del T.)

humor, de delicadeza y de poesía acerca de las abejas y del alma, de la que habla con su eterno escepticismo que es ingenioso, pero que no lleva ninguna confusión.

No poseemos el menor escalón, dice, donde podamos colocar el pie para llegar al conocimiento de lo que nos hace vivir y pensar.

¿Cómo podríamos tenerlo? Sería preciso haber visto entrar en un cuerpo el pensamiento y la vida. ¿Sabe un padre cómo ha producido á su hijo, ó una madre cómo le ha concebido? ¿Ha podido adivinar nadie jamás cómo obra, cómo vela y como duerme? ¿Sabe alguien cómo obedecen los nervios á la voluntad? ¿Se ha descubierto en virtud de qué arte se trazan las ideas en el cerebro y se manifiestan al exterior? Débiles autómatas, movidos por la mano invisible que nos dirige en el escenario del mundo, ¿quién de nosotros ha podido descubrir el hilo que nos guía? Nos atrevemos á discutir si el alma inteligente es espíritu ó materia, si ha sido creada antes que nosotros; si sale de la nada cuando nacemos; si después de habernos animado un día en la tierra, vive eternamente. Estas cuestiones, que parecen sublimes ¿qué son? Disputas de ciegos que dicen á otros ciegos: ¿qué es la luz? Cuando queremos conocer groseramente un trozo de un pedazo de metal, le ponemos al fuego en un crisol. ¿Tenemos acaso algún crisol para analizar el alma? Es puro espíritu, dice uno, pero ¿qué es espíritu? Nadie lo sabe seguramente; es una palabra tan vacía de sentido que se ve uno obligado á decir lo que no es el espíritu, por no poder decir lo que es. El alma es materia, dice otro. Pero ¿qué es materia? Sólo conocemos algunas apariencias y algunas propiedades, pero ninguna de esas apariencias ni propiedades parece tener relación con el pensamiento.

Los artículos: *Arabes, Historia, Mendigos, Mujeres, Arte Dramático, Fe, Fanatismo, Barba, Lujo, Ceremonias, Literatura, Milagros, Epopeyas, Estados Generales, Catecismo, Chinos*, etc. son páginas deliciosas y si se encuentran otras más regocijadas en esta obra de burlas y de sátira, hay pocas que den más exacta idea de la variedad pintoresca de los asuntos y de la encantadora imaginación que Voltaire emplea en ella.

Por eso no hay tanta distancia como podría creerse del *Diccionario filosófico* al volumen siguiente que contiene las novelas, los *Cuentos filosóficos*, género creado por Voltaire y en el que nadie le ha igualado. Seguramente se inspiró en sus recuerdos; en *Zadig* toma de Aristóteles el episodio del hombre de las armas verdes, el del ermitaño de las *Mil y una Noches*; en *Micromegas* se acuerda de Gulliver; en *el Ingenuo* se inspira en la *Baronesa de Luz* de Duclos; pero la manera como emplea todos estos materiales les da carácter propio y coloca en la categoría de las más delicadas obras maestras á *Zadig*, á *Cándido*, á *Memnon*, á *Escarmentado* y al *Ingenuo*, en los que ha sembrado sobre un fondo de filosofía los rasgos de un estilo rápido y picante, lleno de contrastes salientes y de inesperadas asociaciones que constituyen el secreto de su genio.

Posee el arte de convertir la razón en broma, de conversar con el lector, de hacerle creer que posee todo el ingenio que él le atribuye y de hacerle aceptar la lección filosófica en una sonrisa. Unta con miel el borde de la copa que contiene el ajeno, dora la píldora é impone la atención; en *Zadig* nos manifiesta cuán ocultas son las vías de la Providencia; en *Cándido* se burla del optimismo y en el *Ingenio* hay tanta variedad de lecciones como episodios. Ensancha el antiguo cuadro de la novela<sup>1</sup> y hace entrar en ella como una inundación de bárbaros á individuos de todos los países y de todas las latitudes, hurones, chinos y algonquines. Hasta su época parecía que sólo existía y tenía razón de ser el mundo latino. Voltaire desgarró é hizo retroceder el horizonte, dando más vasta idea de la humanidad; introdujo el cosmopolitismo en la literatura, extendió las fronteras y convidó al banquete de las letras y del ingenio á sus hermanos del universo entero y hasta de otros planetas. El artificio era hábil, porque la frescura y candidez de impresiones son mucho más vivas en un extranjero que llega y descubre una sociedad nueva. Ya habían caído en ello Montesquieu y Dufresny.

El Voltaire de los cuentos es único é incomparable. Aun se leerán largo tiempo: *La Visión de Babug*, *el Hombre de los Cuarenta Escudos*, *la Historia de Jennie*, *Juanillo y Colás*, para no repetir los títulos, arriba citados, de sus mejores cuentos. Cuelga de la túnica de la razón los cascabeles de la alegría; las verdades aparecen envueltas en carcajadas; lo es todo á la vez, es el Proteo de la pluma y reproduce á cada momento, con deconcertadora movilidad, á Montaigne ó Rabelais, á Swift ó á Sterne, á Aristóteles ó á Cervantes; sus rasgos son sobrios, precisos y exactos, el colorido brillante, las escenas precisas y la malicia no abandona nunca el campo. En resumen los cuentos son de lo mejor de Voltaire.

¿De lo mejor? ¿Por qué? Ahora nos encontramos con diez volúmenes de *Misceláneas* y con frecuencia estas variadas páginas del inagotable polígrafo, son las que me han causado mayor placer y en las que me ha parecido reconocer al hombrecillo petulante de donde partían las chispas, al « causeur » delicioso que echaba á cada paso agudezas y sembraba la alegría y el buen humor en diálogos y caprichos como *Los Embellecimientos de la ciudad de Cachemira*, ó *el Diálogo entre un Filósofo y un Bostangi*, ó el entre *Marco Aurelio y un Recoleta* ó el entre *un Bachiller y un Salvaje*, ó el entre *Tulia, la hija de Cicerón*, y *Madama de Pompadour*.

1. Menéndez Pelayo hace un brillante elogio de los Cuentos de Voltaire y dice que « hay en ellos más poesía que en todos los versos que compuso durante su larguísima vida ».  
(N. del T.)

MADAMA DE POMPADOUR

¿Quién es esa señora de nariz aquilina, de grandes ojos negros, de noble y elevada estatura, de altivo ademán, y al mismo tiempo tan coqueta, que entra en mi tocador sin hacerse anunciar y saluda como una religiosa?

TULIA

Soy Tulia, nacida en Roma, hace unos mil ochocientos años; saludo á la romana y no á la francesa, y vengo no sé de dónde para ver vuestro país, vuestra persona y vuestro tocador.

MADAMA DE POMPADOUR

¡Ah, Señora, hacedme el honor de sentaros! Un sillón para la Sra. Tulia.

TULIA

¿Cómo, Señora! ¿Queréis que me siente en esa especie de pequeño trono incómodo, para que mis piernas cuelguen hacia el suelo y se me pongan coloradas?

MADAMA DE POMPADOUR

¿Pues en dónde os sentáis, señora?

TULIA

En una buena cama.

MADAMA DE POMPADOUR

¡Ah, ya comprendo! ¿Queréis decir un buen canapé? Ahí tenéis uno donde podéis tenderos muy á vuestras anchas.

TULIA

Me complazco en ver que las francesas están tan bien amuebladas como nosotras.

MADAMA DE POMPADOUR

¿Cómo, no tenéis medias? ¿lleváis las piernas desnudas? En verdad no veo en ellas más adorno que una cinta muy linda que se arrolla formando borceguí.

TULIA

No conocíamos las medias; es una invención agradable y cómoda, que prefiero á nuestras cintas.